

Salamina, ruinas grecorromanas en un país que no existe

Óscar López-Fonseca



Vista general de Salamina © Óscar López-Fonseca

Los restos de la ciudad cuya fundación se atribuye al héroe aqueo Teucro están situados en la República Turca del Norte de Chipre, un estado nunca reconocido por la comunidad internacional.

La fundación de la ciudad de Salamina o Salamis, en la costa este de la isla mediterránea de Chipre, fue fruto de un rechazo. El de Telamón, rey de la isla griega del mismo nombre, a su hijo Teucro. Según la mitología, el soberano lo repudió por no haber vengado la muerte de su hermano Áyax en la afamada guerra de Troya. El héroe aqueo, célebre por su destreza con el arco, se vio abocado a echarse al mar y terminó asentándose en Chipre, donde fundó hacia el año 1200 a. C. una urbe que bautizó como su patria paterna, según relatan las crónicas grabadas en los conocidos como Mármoles de Paro.

Hoy, más de 3200 años después, lo que queda de aquella pretérita ciudad-reino sufre otro desdén, en este caso fruto de la compleja situación geopolítica de una isla que, desde hace más de 50 años, vive dividida en dos entidades

tan parecidas como enfrentadas. Al sur, la República de Chipre, miembro de la Unión Europea, donde se habla griego y la moneda que circula es el euro. En la zona septentrional, la autoproclamada República Turca del Norte de Chipre, un Estado que solo es reconocido por las autoridades de Ankara, que invadieron, en el verano de 1974, esta parte del territorio. Aquí, la lengua y la moneda son las turcas.

Es en esta última parte de la isla donde se encuentran las ruinas de Salamina, que durante décadas fue prácticamente imposible visitar por los viajeros a causa del cierre fronterizo de la bautizada como «línea verde» que aún divide la isla en dos entidades políticas. Sin embargo, en 2003 se reanudó el tránsito de personas, aunque con restricciones, entre ambas partes de Chipre, que en los últimos años se ha ido flexibilizando hasta que en la actualidad viajar a la parte turca de la isla es tan sencillo como enseñar el pasaporte en los puestos dispuestos a lo largo de una frontera terrestre marcada con concertinas, bidones coronados por sacos terreros y garitas militares.

El punto más habitual para hacerlo es la capital de la isla, Nicosia, también partida en dos. Y, más en concreto, la calle Ledra, una vía peatonal que a un lado de la frontera acoge una sucesión de comercios y establecimientos de comida rápida, entre los que sobreviven algún café y restaurante tradicionales de comida griega, pero que al cruzar al otro lado de la línea divisoria se vuelve sinuosa y concentra locales de comida turca, casas de cambio y tiendas donde comprar tabaco y alcohol más baratos.

Una vez en este lado de la ciudad, visitar Salamina exige recorrer los algo menos de 70 kilómetros que separan la capital chipriota del recinto arqueológico a través de una rectilínea carretera que cruza la llanura de Mesaoria en dirección a una zona boscosa de árboles de mimosa, pinos y eucaliptos de la costa este. Es aproximadamente hora y media en automóvil hasta llegar al lugar en el que, desde que se comenzó a excavar a finales del siglo XIX, han aflorado estatuas, un gimnasio, el ágora, mosaicos, un teatro y templos que rememoran la relevancia histórica de esta ciudad grecorromana que aún, en gran parte, permanece bajo la arena sin salir a la luz, precisamente por la compleja situación geopolítica que aún arrastra la isla.

Salamina no es una ciudad grecorromana cualquiera. Llegó a ser la urbe más importante de la isla e, incluso, encabezó a sus ciudades-reino en sus esfuerzos por liberarse del dominio persa al que este pedazo de tierra en el Mediterráneo estuvo sometido. Su soberano más relevante fue Evagoras (410–374 a. C.), quien aseguraba descender del mismísimo Teucro, el fundador, y consiguió poner la totalidad de Chipre bajo su control gracias al apoyo de Atenas. Por todo ello, no



Columnas y calle de Salamina © Óscar López-Fonseca

es extraño que Salamina aparezca citada en los textos del historiador Heródoto y en algunos de sus discursos por el orador Isócrates.

Objeto de deseo en la Antigüedad por su estratégica situación en las rutas comerciales, Salamina vivió a lo largo de los siglos periodos de dominación griega, asiria, persa, romana —cuando alcanzó su apogeo, con una extensión de dos kilómetros a lo largo de la costa y un kilómetro tierra adentro— y árabe, con sus consiguientes batallas. Entre estas, la más célebre fue la librada entre atenienses y persas en el año 450 a. C. y conocida, precisamente, como la batalla de Salamina, enfrentamiento que no debe confundirse con la del mismo nombre que 30 años antes había tenido lugar en el Ática entre griegos y persas.

A las numerosas vicisitudes bélicas, Salamina sumó otros castigos de la naturaleza en forma de terremotos que terminaron marcándola. Uno de ellos se produjo en el año 76 d. C., ya bajo dominación romana, que había incorporado la isla a su imperio en el 58 a. C. y de cuya destrucción supo resurgir. Otro, en el 331, durante el principado de Constantino, quien la volvió a levantar, aunque más pequeña, y le cambió el nombre al de Constantia en su honor. Lo que la ciudad no consiguió superar fueron los destructivos ataques árabes que obligaron a sus habitantes a abandonarla en el año 647 de nuestra era y a emigrar unos pocos kilómetros más al sur, a la que posteriormente sería la ciudad de Famagusta. Ese movimiento ocasionó también el saqueo de una parte de las piedras de los edificios de la vieja urbe grecorromana, que pasaron a formar parte de las construcciones que se levantaban en la localidad que finalmente le arrebató el protagonismo en esta parte de Chipre.

Pese a todo, Salamina aún conserva parte de su antiguo esplendor. Situada cerca de la desembocadura del río Pedieos y junto a una coqueta playa que invita a bañarse antes de sumergirse en las ruinas, el recinto arqueológico actual muestra al viajero lo que fue el gimnasio de la ciudad, con su palestra columnada, piscinas y letrinas públicas, el mejor ejemplo de la riqueza y relevancia que llegó a atesorar.

En su pórtico norte permanecen en pie algunas estatuas, todas ellas sin cabeza, supuestamente profanadas por antiguos fanatismos religiosos. Y no muy lejos están las termas y un fresco del que aún se conservan dos figuras, así como mosaicos que los arqueólogos datan en los siglos III y IV d. C. y que mostraban a Apolo y Artemisa combatiendo a los Nióbidas.

El segundo edificio más llamativo del conjunto arqueológico es el teatro, que llegó a tener capacidad para 15000 espectadores, aunque hoy solo sobreviven unos pocos de los asientos originales. Levantado en la época de Augusto (entre el 31 a. C. y el 14 d. C.) sus gradas sufrieron especialmente los efectos de los terremotos y de los posteriores saqueadores. Una restauración le ha permitido



Gimnasio de Salamina © Óscar López-Fonseca



Baños del gimnasio © Óscar López-Fonseca

recuperar una mínima parte de su antiguo esplendor y que en la actualidad se siga utilizando como escenario para espectáculos musicales. Curiosamente, las gradas del teatro no miran al cercano mar, como era habitual en las ciudades costeras de la Antigüedad para aprovechar las elevaciones del terreno en la construcción de esta parte del edificio, sino hacia el interior.



Estatuas en el pórtico norte de Salamina © Óscar López-Fonseca



Frescos de Salamina © Óscar López-Fonseca

Muy cerca de él, afloran los restos de una antigua villa romana que terminó convirtiéndose en molino de aceite. Y más allá, los de una basílica paleocristiana del siglo VI cuyas columnas se recortan sobre el azul del cercano mar, no lejos de donde estuvo el puerto de la ciudad, clave para su antigua riqueza. Detrás



Teatro de Salamina © Óscar López-Fonseca

de lo que fue una cisterna de la época bizantina, asoman tímidamente los escasos restos del ágora, que medía 230 metros de largo por 55 de ancho, y del templo de Zeus, dos construcciones castigadas por la falta de trabajos de excavación. No obstante, la visita a Salamina no es completa si no se acude al cercano Monasterio de San Bernabé, cuya iglesia, levantada en el siglo XVIII sobre un antiguo templo bizantino, sirve en la actualidad de sede al museo que cobija parte de las estatuas, piezas cerámicas y monedas recuperadas en las excavaciones. Es el colofón perfecto para una visita a la ciudad que fundó Teucro y todas las culturas de la Antigüedad ansiaron.

Shakespeare, Otelo y una ciudad fantasma

Una parte de las piedras de los edificios de la antigua Salamina acabaron formando parte de construcciones de Gazimagusa (para los turcochipriotas) o Famagusta (para los grecochipriotas), localidad situada a tan solo ocho kilómetros al sur de la ciudad grecorromana. Famagusta es, en la actualidad, un animado centro turístico al que acuden a diario autobuses de turistas desde Nicosia en viajes de ida y vuelta en el día atraídos por su pasado, muy ligado a los Cruzados, y a sus vínculos con el *Otelo* de William Shakespeare. En esta ciudad vivió a comienzos del siglo XVI Cristoforo Moro, el noble veneciano que con el asesinato de su esposa por celos inspiró al bardo inglés para su tragedia.



Antigua catedral de Famagusta © Óscar López-Fonseca

Famagusta creció a finales del siglo XIII, después de que los cruzados perdieran su última gran fortaleza en el reino de Jerusalén y convirtieran Chipre en su refugio y en paso obligado del comercio en el Mediterráneo. Eso proporcionó a la urbe una riqueza que se plasmó en una muralla defensiva con 15 baluartes, que, sin embargo, no evitó que finalmente la ciudad cayera en poder del Imperio Otomano. Tras aquello, parte de las numerosas iglesias que habían levantado los cristianos se transformaron en mezquitas. Entre ellas, la catedral, cuya fachada inspirada en la de Reims (Francia) vio transformar una de sus torres en minarete. Hoy, sigue siendo un templo musulmán, alrededor del cual han surgido tiendas de recuerdos y restaurantes de carne a la brasa.

Más al sur se encuentra la playa de Maras o Varosha, un arenal que a mediados del siglo XX fue el principal destino turístico de Chipre al que incluso acudían estrellas de Hollywood como Paul Newman o Elizabeth Taylor. Sin embargo, la invasión turca de 1974 convirtió esta meca turística en una urbe fantasma que serviría de escenario a cualquier película sobre un futuro distópico. Una verja con amenazantes cartelones rojos con un soldado recuerda que está prohibido entrar en ella, aunque es posible bañarse en las playas que la flanquean mientras se contempla el sinsentido de sus calles, edificios y hoteles abandonados desde hace medio siglo.



Playa de Varosha © Óscar López-Fonseca